

“En una exposición de pintura y dibujos del pintor belga Pierre Floquet, –escribirá Adolfo Salazar, en 1925– se celebran sesiones de música muy escogidas, en consonancia con el público invitado a ver esas agradables combinaciones de líneas y colores. La primera de ellas celebrada el domingo último y quizá, por gracioso contraste, se quiso que sus rombos, cubos, círculos y demás figuras geométricas, finamente coloreadas, fuesen acompañadas por la música más sencilla y cordial que existe en el viejo y nuevo repertorio. Tres canciones del siglo XV, de Narváez, Escobar y Fuenllana, deliciosas las tres en su emoción discreta y reservada. A continuación otras tres canciones, que tres chicos de hoy han enviado, a modo de agasajo o tributo de camarada, a otro chico poeta, Rafael Alberti, para ilustrar su libro “Marinero en tierra” [...] La primera, *La corza blanca*, de Ernesto Halffter [...] La segunda canción, *Verano*, de Rodolfo Halffter, tiene en su música como en su letra, el agri dulce del anacronismo: vocablos contemporáneos en una forma arcaica; así esa música tan finamente sentida y realizada en que una atmósfera sonora curiosamente disonantada da ambiente a la línea melódica, cándida y retrospectiva. La tercera melodía, *Salinero*, de Gustavo Durán...”

Verano, estrenada en Madrid ese 28 de abril de 1926, acabaría por formar parte, en 1960, del ciclo *Marinero en tierra*, todo él basado en la ilustración musical de algunos de los poemas de Rafael Alberti. El poeta había obtenido, en 1925, el Premio Nacional de Literatura con esta colección presentada bajo el título “Mar y tierra”. Son textos de marcada orientación neopopular, que ensalzaban el espíritu de convivencia de esa generación que al amparo de la República sueñan con un arte posible, elaborado pero cercano, en el que la música tendrá un lugar protagonista. “Para nosotros –escribirá Rodolfo Halffter– el compositor era también un intelectual que debía, como tal, interesarse al lado de otros intelectuales por ocupar un primer plano en la vida cultural española durante la agitada coyuntura histórica que nos tocó vivir”.

Lo que no dice Rodolfo Halffter es el esfuerzo de actualización que ello supone y para el que el empuje ideológico de Adolfo Salazar resultó trascendental. En ese mismo 1925, el 7 de noviembre, escribía el crítico un artículo en *El Sol*, en contestación a otro de Madariaga sobre la idoneidad de la llamada “canción de arte” a partir de unas declaraciones anteriores del crítico donde expresaba las dificultades de la poesía española para plegarse a “las cadencias de la música contemporánea”. “España carece de otra ‘tradición viva’ –explicaba– que no sea la del canto popular y ese otro canto de ciudad que Madariaga llama ‘madri leñismo’ [...] No es que los poetas españoles no se presten a las cadencias modernas. Es que al aplicar estas a poetas españoles antes de haberlas transformado en sustancia nacional es absurdo y antiestético [...] Lo que actualmente intentan nuestros jóvenes músicos es precisamente heñir esa masa, trabajándola con la levadura de las técnicas europeas contemporáneas [...] El lied está aún verde en España; a lo menos comparándolo con el progreso realizado en el sector instrumental en los últimos veinte años”.

Y de todo ese entramado de “intereses” estéticos surge un estilo que parte de la limpieza en el tratamiento musical, cercano y comprensible, de la unidad de acción entre la voz y el piano, muchas veces subrayando la misma idea melódica, cuidando la prosodia y desarrollando una línea de clara adscripción silábica con una inevitable tendencia a un “andalucismo” estilizado que es claramente perceptible en cadencias y giros, tal y como puede observarse, por ejemplo, en *Qué altos los balcones*. Por eso Rodolfo Halffter se hace cómplice en *Marinero en tierra* del deseo de Alberti de crear una poesía “óptica” y hacerlo en una traducción musical llena de sobriedad, respeto y admiración. El ciclo completo se estrenó el 26 de junio de 1961 en un recital de Arte y Cultura de México por la soprano Irma González y el pianista Salvador Ochoa. Modernamente, en 1985, Miguel Zanetti preparó una edición autorizada un tono más grave que el original.